

# De la separación

## 1. El coraje de la humildad

El psicoanalista austriaco Igor Caruso le ha consagrado al tema un libro admirable: *La separación de los amantes*. En él se muestra cómo es éste el camino más corto y más inexorable para enredarse entre los tentáculos de la conciencia de la muerte. El tema es viejo en la creación poética —y en todas las formas de la creación artística—. El tema es viejo porque es universal. Desde el anciano y sabio Goethe hasta el adolescente más enérgico y más desprevenido coinciden en comprender de un modo caudaloso que no son el amor y la muerte quienes caminan juntos (eso son geometrías, casi siempre triviales y muchas veces sádicas, de esteticistas y sufridores de salón): caminan juntos la separación y la conciencia de la muerte, el vacío súbito y el vacío total, la pérdida inquerida y la pérdida aborrecida. Nada como la separación es tan capaz de hacernos ver hasta qué profundidad la vida echó raíces en nuestro corazón. Y nada como la presencia de la conciencia de la muerte para saber que la vida no es solipsista; que es, como mínimo, una comunidad de dos. O mejor dicho: toda comunidad de dos simboliza a la fraternidad general: al sol, a la continuidad, a la vida. Y entonces llega la noche de la separación y un río de sombras le tapa el sol a la conciencia, la inunda, la sobresalta, la oscurece, y la viste —durante un tiempo mayor o menor, según el hambre de vivir que mantenga flexible a esa conciencia— de luto riguroso.

Tal luto es demasiado riguroso. Como la conciencia es literalmente incapaz de asumir a la muerte (habría que sospechar que el suicida, minutos antes de su aniquilación, se toca la cabeza y el pecho y se quema las manos, y quizás esa quemadura lo despierta y lo salva), suele buscar reposo contra esa desmesurada lucidez y, afanosamente, recurre a introducir en su memoria animales malvados: el rencor, el odio, la resignación y, finalmente, el más malvado de todos, la bestia cuya crueldad es inimaginable: el olvido. Desde el amor hasta el olvido hay un tránsito durante el cual el corazón, o la conciencia (¿en qué se distinguen realmente?) se transforman en un país infortunado en que sucede una sanguinaria guerra civil, «esta guerra civil de los nacidos» (Quevedo), en la cual los combatientes son fieras, animales malvados. Pero tras la victoria del más ominoso de esos combatientes —el olvido—, queda, como símbolo de la derrota de los derrotados y la derrota de los victoriosos, esa bandera a que llamamos cicatriz: un malestar sin memoria, una herida cerrada pero no invisi-

ble, y para la que ya es inútil la pomada. Porque —y ésta es otra sorpresa, y es a la vez una lección— huímos demasiado del dolor: somos demasiado apocados. Una especie sin temor al sufrimiento sería una especie sin suicidas, y es posible que hasta sin grandes sufrimientos: pues el miedo es un inconcebible sistema estereofónico.

Hubo un hombre cuya vida fue un perpetuo y atroz desgarramiento y cuya obra fue uno de los más corteses aullidos de dolor que le han sido dados escuchar al asombro y a la admiración de los devoradores de libros. Quiso que esa obra fuese exterminada por el fuego para esquivar así, con pudor asombroso, la mirada que descubriría la dimensión de su desgracia. Pero la desobediencia de Max Brod (hay que reflexionar sobre ese gran volumen de amor a la vida que habita en la desobediencia) convirtió a Kafka en un inmenso artista, y a su obra en un irreparable consuelo. Pues bien: cuando introducimos fieras en nuestro corazón (el odio, la indiferencia, el olvido) para que devoren la nostalgia del amor y su correlativa conciencia de la muerte, parece como si algo en nosotros se llamase Max Brod. Mueren el amor y Franz Kafka. Quedan una poética fascinante y una incurable cicatriz. ¿Y entonces? Ya que no podemos, ni debemos, amar a nuestros sufrimientos, tal vez debamos aprender a sentir orgullo por nuestras cicatrices. No porque sean la prueba del más profundo y venerable de nuestros combates, sino porque son la prueba de que hemos salido victoriosos tras la derrota horrenda del amor perdido y tras la victoria ofensiva del amor olvidado. Mas, ¿para qué le sirven a este guerrero extenuado sus duraderas cicatrices? Para volver a amar de nuevo. Para amar a los que se aman. Para amar a su propia memoria. ¿Pero, y si esa memoria no es ya sino una sucesión de cicatrices? Advirtió en sí mismo Pavese que «es cierto que un clavo saca a otro clavo, pero cuatro clavos forman una cruz». ¿Y qué hay de malo en eso? Con eso y la soberbia se puede llegar a la autodestrucción. Con eso y la humildad se puede conocer una forma del amor a la vida que ni siquiera desde el centro mismo de la felicidad amorosa se pudo sospechar. La humildad: ¿hay algo más impetuoso, más formidable, más pariente cercano del coraje? Con ella deberíamos iniciar todo amor. Con ella deberíamos afrontar toda separación. Y he aquí que la ecuación se cierra, para bien: sin dolor no es posible aprender el ejercicio de la modestia. Sin el viaje por el sufrimiento no llegaríamos nunca al destino de la humildad. ¿Es pues, entonces, útil el sufrimiento? Para quien, tras el horror de la separación, quiera sobrevivir, no es sólo útil: es terminantemente imprescindible. Y algo más: sufrir con humildad (es decir: mucho) a causa del amor perdido no es tan sólo un camino laborioso para llegar, alguna vez, hasta el futuro con buena salud amorosa; es que, además, el sufrimiento es la única prueba —la única— de que dispone el solitario súbito para saber que estuvo junto, que aquello fue verdad en verdad, que el tajo ha cercenado la dicha, pero ha vuelto olorosa a la memoria. Pues la memoria del amante merece ser de sándalo: y puede ser de sándalo.

## 2. La reconquista del lenguaje

Pero antes de que la memoria del amor se le transforme en sándalo al amante, antes de que el amor y hasta el dolor se vuelvan olorosos y conviertan la memoria en jardín (en un jardín abandonado, un jardín con el mármol roto, las plantas desmesuradas de penumbra, las copas llenas de pájaros enloquecidos cuya desesperación no oye nadie: ese jardín), antes de que esto ocurra, hay una etapa pavorosa que sobreviene a una depravada sorpresa: de pronto se comprende que lo horrible de la separación, lo verdaderamente horrible, no es el dolor que sirve de espina dorsal a la nostalgia, y ni siquiera esa conciencia de la muerte que, como un visitante de ceniza y de música fría, llega de la mano del abandono. Hay algo peor aún: es el descubrimiento de que la fractura amorosa convierte a la vida vivida en vida concluida. Lo horrible, pues, de la separación no es que vacíe el futuro: es que vacía el pasado. No es que inutilice al porvenir: es que desaloja todo lo que cabía en la palabra *ayer*. No es que ciegue los agujeros por donde se asomaba el futuro: es que congela el calor que aún calentaba nuestra espalda. Y es entonces, y allí, donde y cuando comprendemos que la muerte no está frente a nosotros, sino que es la sombra que van articulando los cadáveres de nuestros días, los obeliscos de nuestras derrotas.

Una alegría vivida y ya guillotizada, un esplendor ya convertido en misteriosa sombra, duele mucho más que la aniquilación de un proyecto. Es posible renunciar a aquello que aún nos falta: lo bestial es tener que renunciar no ya a lo que tuvimos, sino a la rima de lo que tuvimos con nuestro corazón, a la coherencia entre lo que era nuestro y era yo. Lo pavoroso es advertir que el yo puede romperse: y sigue palpitando. Lo que la separación introduce de insoportable en la conciencia no es tanto la supuesta evidencia de la inutilidad de la vida humana (en realidad, no somos tan universales, no tan cósmicos: somos cosa modesta y por eso sufrimos), cuanto la desilusión ante el hecho, asombroso, de que esa vida, nuestra vida, puede ser fragmentada. Queríamos consistir en la reunión de todas nuestras piezas y he aquí que descubrimos que nuestras piezas se separan, y todo sangra, y todo grita llamándose entre sí, y no acude: no hay soledad comparable a esa fragmentación, a esa enigmática, numerosa viudez. Igual que nuestro cuerpo es una bellísima totalidad, nuestra conciencia, el perfume de todos nuestros días, aspiraba a coexistir para siempre: y ese frasco se rompe. Y, por entre las sanguinarias aristas del cristal, la unidad se derrama. «Lo vivo era lo junto» (ha escrito Luis Rosales, con genialidad, con pudor y nostalgia). La vida era lo junto y, de pronto, la unidad se disgrega, y el yo se queda absorto y fragmentado, sin el alivio de poderse reconocer. Es algo que habla en otro idioma. Un idioma ininteligible, que duele porque es desconocido, porque condena a una rencorosa, desvalida mudez.

¿Podremos alguna vez imaginar el sufrimiento de un agonizante que advierte que todo cuanto amó se convierte en un idioma extraño, un idioma cuyas palabras se alejan pausa a pausa, y dejan, finalmente, de sonar? ¿Toda esa ausencia de sentido